

NECROLOGIAS

José María de Oriol

Por el Académico de número

Excmo. Sr. D. ALFONSO GARCÍA VALDECASAS (*)

Debo excusarme ante todo, y es una excusa que me va a tener que acompañar casi siempre, de mi falta de fuerzas y de algo mucho peor, de mi falta de memoria. He sido persona de memoria felicísima, de tener presentes hechos, fechas, y todo esto ha entrado en una zona de niebla, que me es muy difícil de constituir. De todos modos, las personas de importancia, las almas que se hacen presentes por su grandeza, por mucho que sea el propio olvido, siempre dejan una huella que le permite a uno reconstituir simplemente la impresión que en mí habían dejado. El estudio de la personalidad de José María de Oriol llevará mucho tiempo, mucha investigación y mucha documentación, que yo creo que afortunadamente existe.

Mientras tanto, debo empezar con felicitar a mis dos compañeros, al Conde de Motrico y a Juan Velarde, de las dos excelentes exposiciones que han hecho. La primera más de historia, por así decirlo, a lo largo de la vida de José María de Oriol, y la de Juan Velarde, ya la hemos oído, en ciertos contrastes importantes que han permitido destacar, con una gran luz, la grandeza de alma de José María de Oriol.

Sí, José María de Oriol fue un hombre tradicionalista, de formación tradicionalista y enormemente amante de su tierra, ciertamente un amor que se integraba en el amor de España. Los antecedentes carlistas, la influencia de la fe religiosa, todo esto se articulaba en su personalidad de una manera que yo diría muy singular, y que a mí me ha llamado más de una vez la atención. En general, debo decir que los vascos son quizá el pueblo español que ha destacado en el afán, con ese inmenso tradicionalismo y fuerismo, de hacerse cargo de los problemas de la civilización actual, del reto, por así decirlo, de la transformación industrial y del proceso de las grandes creaciones urbanas. Hacerse cargo con una resolución y una clarividencia que a mí me parece bastante ejemplar, en el ámbito de nuestra historia contemporánea.

(*) Sesión del día 26 de noviembre de 1986.

El espíritu de aceptar la industrialización y esta transformación, con un perfecto encaje y adecuación, con su espíritu tradicional, con su sentimiento religioso y con su respeto al pasado, esto es algo que realizó de una manera admirable José María de Oriol. No hubo nunca para él enemigo y problema, pero no sólo esto, es que esta misma seguridad le dio una posibilidad de diálogo absolutamente excepcional. José María de Oriol era un tradicionalista inquebrantable, pero dialogó con todo el mundo. Si se rompía el diálogo y había que aceptar la guerra, aceptaba y ciertamente con toda resolución y con todo valor. Pero no era su planteamiento. Este era realizar, unir, crear, y esto es lo que actuó en el campo admirable del desarrollo industrial y que se localiza, como nos han explicado muy bien nuestros dos compañeros anteriores, en el desarrollo de la energía eléctrica. Esa energía limpia, luminosa y pura que le oí decir alguna vez. Pero es que, en efecto, esta energía hidroeléctrica, si era tan importante desde el punto de vista de la potencia y del desarrollo de nuestra sociedad, lo era también desde el punto de vista de la autosuficiencia, de la independencia. Por que, en algún modo, el carbón inglés ha sido para el País Vasco uno de los grandes enemigos de la solidaridad española, porque era mucho mejor negociar con el carbón inglés y las minas de hierro que lo que suponía la extracción costosa, el transporte, al fin y al cabo, recargado. ¡Qué más daba transportar desde Asturias, era tan caro como unos barcos que venían en lastre, que producían enormemente un carbón mejor y más barato. En fin, la historia es conocida, pero ése ha sido uno de los grandes factores económicos que han favorecido, y que yo me atrevo a decir que algunos nacionalistas vascos miopes por eso es por lo que se han dejado llevar, ese sentido separatista.

Pues bien, frente a eso la visión hidroeléctrica de José María de Oriol es la visión de la unidad española. ¡Ca, aquí está la energía, aquí la vais a recibir, y en cierto modo la vais a recibir de la Meseta Central, del sistema montañoso, de lo que se produce y tiene su origen y su fuerza más lejos de vosotros y, sin embargo, la vais a tener aquí, porque vais a estar en la unidad de nuestro desarrollo!

Del mismo modo se puede decir que ocurrió con el segundo proyecto, el proyecto de la energía nuclear. Porque, en efecto, quién duda que una de las tragedias mundiales ha sido el desarrollo fulminante de la industria del petróleo, la contaminación abyecta que está poniendo en peligro tantos valores vitales del planeta, y todo esto encima mediatizando y aniquilando las industrias de muchos países y de sus economías, porque se les ha impuesto, entre el crédito exterior y el sistema de los transportes de petróleos, una forma de economía absolutamente ajena a un sano desarrollo de los países.

En fin; la proyección de José María de Oriol en estos dos terrenos muestra su clarividencia genial, su voluntad y su resolución. Y todo esto, digo, también con un espíritu absolutamente de entendimiento y colaboración.

Se nos ha recordado, en efecto, la visita que hizo con los tradicionalistas al

Conde de Barcelona. Yo estaba en aquellos tiempos muy en colaboración con él, y, naturalmente, se trataba cómo era posible que el tradicionalismo se convirtiera en algo separado y nostálgico y desconectado de la unidad nacional. No, al contrario, lo que habría era que incorporar esos valores tradicionales, abiertos, con visión de futuro, como eran en él, a la solución monárquica que se preconizaba.

Y es cierto que cuando el General Franco le propuso la cartera de Industria dijo: «Yo eso tendré que decidirlo y pedir permiso». Y esto porque él pensaba que no podría llegar a ser ministro sino ante una seguridad de que la evolución de la política de Franco iba a conducir a la Monarquía. Naturalmente, falló el nombramiento porque por desgracia, y no es la única vez que ocurre, la perseverancia personal en el poder, el aferrarse a algo que por su propio sentido está condenado a terminar, ha sido uno de los grandes pecados de muchos políticos, y ciertamente no dejó de serlo en la historia reciente española.

José María de Oriol

Por el Académico de número

Excmo. Sr. D. JOSE M.^a DE AREILZA (*)

Aunque separado por una pequeña diferencia de años, que en la adolescencia resultan ser a veces distancias más considerables, mantuve con José María Oriol una larga y sólida amistad que arrancaba de nuestras respectivas familias maternas. Su madre, doña Catalina Urquijo y Vitorica, y mi madre, habían tenido desde niñas una íntima amistad que siguió hasta la muerte de la primera. José María, primogénito del matrimonio Oriol-Urquijo, nació en Santurce, en un bello palacete de estilo británico que diseñó el arquitecto Achúcarro, hermano del famoso histólogo discípulo de Cajal y tío del conocido pianista. El edificio se levantaba —se levanta todavía— sobre un acantilado que domina el Abra de Bilbao. La casa de mis abuelos se alzaba a unos cientos de pasos, en término de Portugalete, disfrutando del mismo sugestivo paisaje sobre la bocana de la ría bilbaína, pletórica, ya entonces, de tráfico marítimo. La familia de José María se trasladó a Madrid donde hizo sus estudios de segunda enseñanza, ingresando después en la Escuela de Ingenieros Industriales, lo que marcó profundamente su vocación futura de gran empresario. Era, sustancialmente, un ingeniero cabal; un hombre de proyectos y diseños imaginativos, con un acentuado sentido del realismo económico que le hacía inclinarse o rechazar esta o aquella solución, en función de su rentabilidad y sus perspectivas de ganancia. Tenía una asombrosa rapidez matemática para manejar los grandes números.

Don Lucas de Urquijo, socio fundador de la Banca del mismo nombre y abuelo suyo, se separó del negocio de sus hermanos y labró una considerable fortuna en los últimos años del siglo XIX y primeros del 900. Tuvo don Lucas el pálpito del futuro gran negocio de la energía hidráulica, entonces en ciernes en España, incluso consi-

(*) Sesión del día 26 de noviembre de 1985.

derado por muchos banqueros como inversión de grave riesgo y dudoso beneficio. Su caudal de riqueza fue heredado por su única hija y acrecentado notablemente por su marido, don José Luis Oriol, arquitecto de profesión y, en realidad, hombre de actividades financieras múltiples, lo que supuso la creación en pocas décadas de una de las primeras fortunas de nuestro país.

José María Oriol recibió de sus padres un alto nivel de patrimonio familiar propio. Pero no fue nunca eso que los franceses llaman «un fils à papa», un «hijo de papá». En su hogar, junto a una estricta y sólida atmósfera de piedad y cristianismo activo, existía el culto al trabajo incesante y a la responsabilidad del mando. José María Oriol tuvo esa ética del cumplimiento del deber, muy arraigada en su talante desde su juventud, por encima de cualquier otra concesión al bienestar, al ocio o al lujo. Y junto a ello, latían asimismo en su formación otras dos constantes a las que voy a referirme brevemente. Era una su fidelidad al ideario del tradicionalismo. La segunda, su visceral querencia a la nativa tierra vasca.

Los Oriol, de linaje catalán, habían sido de abolengo carlista durante cuatro generaciones. Junto a don Carlos María Isidro, figuró en lugar preminente un antepasado de José María, cercano colaborador político del Pretendiente, en la Corte de Oñate. Otro miembro de la familia alcanzó el rango episcopal y fue adalid conservador del sector de la Iglesia, más proclive a la rama dinástica proscrita. El abuelo de José María tomó parte en el sitio de Bilbao de 1874 como jefe de ayudantes del General Dorregaray, comandante supremo del ejército sitiador. Carlos VII le concedió en 1870 un título de nobleza —«in partibus infidelium»— rehabilitado en 1958. Don José Luis Oriol, aunque diputado de la mayoría conservadora, de matiz maurista en la Restauración, durante una de las últimas legislaturas parlamentarias del reinado de Alfonso XIII, optó en 1931, tras el advenimiento de la República, por crear en la provincia de Alava un bastión electoral de signo *católico-fuerista*. Gastó mucho tiempo en las elecciones; estableció una infraestructura eficaz, a lo largo de la provincia, y logró un acta de diputado frente a nacionalistas y republicanos en las Cortes Constituyentes de 1931, integrándose en la llamada «minoría vasco-navarra».

José María ayudó decisivamente a su padre en este empeño y tomó parte activa en las campañas y en los actos populares de la misma. A partir de las elecciones de 1936, que dieron la victoria al F.P., se empezó a convertir la organización electoral de Vitoria en un centro de reclutamiento de los requetés de Alava. Al estallar el Alzamiento de Julio del 36, los voluntarios carlistas se convirtieron en una pieza decisiva para que la escasa guarnición de Vitoria lograra dominar toda la llanada alavesa desde Miranda hacia Alsasua y Villarreal, quedando el valle del Nervión, en poder del gobierno vasco y de las tropas republicanas. José María Oriol se incorporó con sus hermanos al voluntariado carlista y se tocó con la boina escarlata de sus antepasados.

Terminada la guerra y después de haber ocupado con eficacia, y realizado obras importantes durante dos años, la Alcaldía de Bilbao, José María de Oriol tomó parte muy activa en un proyecto político que le obsesionaba, por considerarlo, históricamente, necesario: la unificación dinástica española. Trabajó árdamente en el propósito y logró que un núcleo del tradicionalismo político considerable por su representatividad, marchara a Estoril, en diciembre de 1957, a firmar un documento de adhesión a don Juan de Borbón, Conde de Barcelona y Jefe entonces de la Casa Real Española. Asimismo, trató Oriol, inútilmente, de lograr un entendimiento entre Don Juan y Franco, realizando cierto número de viajes entre Estoril y el Pardo, sin resultado tangible. Intento político que un espíritu cáustico de esta Academia, José Félix de Lequerica, comparó con los del financiero monárquico francés, Chesnelongue, empeñado en conseguir que Mac-Mahon, el Mariscal francés, se entendiera con el Conde de Chambord en 1873, para convertirlo en el Rey Enrique V, en vez de desembocar en la III República. José María Oriol se alejó después de esa fecha de la política activa. Le fue ofrecida por Franco la cartera de Industria en una de las crisis de gobierno, y tuvo José María la delicadeza de consultarlo previamente con el Conde de Barcelona quien le otorgó su venia. Pero la propia consulta sirvió, al ser conocida, para dejar caer el ofrecimiento.

La otra vertiente de su perfil ideológico era un fuerte arraigo de su vasquismo temperamental. El «vasco-fuerismo» paterno lo llevaba en los repliegues de su piel y no dejaba de hacerse presente en su talante íntimo. Gozaba en sus meses de veraneo bilbaíno recorriendo el paisaje de sus mayores. Salía de excursión marítima cotidiana y volvía de tiempo en tiempo a las tierras alavesas del valle de Ayala, entre Quejana, Arciniega, Menagaray y Murga, al pie de la Sierra Salvada —la de los incomparables tesoros románicos dispersos—, un valle donde cada casona antigua superviviente llevaba el nombre de alguno de sus apellidos maternos.

Era José María como empresario un verdadero «capitán de industria». Ejercía ese liderazgo del capitalismo moderno con plena y legítima sensación de su decisivo papel en la economía nacional. Era tan veraz su convencimiento de la indispensable función que la iniciativa del empresario, junto a la inventiva de los técnicos, juega en el progreso y desarrollo de la economía de mercado moderna, que lograba el respeto de sus antagonistas en la competencia, y también de los altos niveles de gobierno —en muchas ocasiones, hostiles o recelosos— hacia sus opiniones o actitudes personales. A Oriol se le respetaba porque conocía los entresijos de los problemas, con minuciosa certeza, y no vacilaba en proclamar abiertamente la necesidad de proteger la ganancia como precio obligado de la azarosa incertidumbre del riesgo. La demagogia le dejaba indiferente y la utopía le hacía sonreír. En cambio se entendía con cualquier ejecutivo industrial del mundo americano o euro-occidental, casi a medias palabras. Yo le solía decir que si hubiera marchado a Estados Unidos al acabarse la guerra civil española, se hubiera convertido en pocos años en un próspero «business man», con su puesto de mando en la cúpula de una gran multinacional.

Me dio la razón pero me argumentó que la nostalgia de su adorable mujer andaluza, Marucha Ybarra, hacia su tierra nativa, hubiese truncado el proyecto.

José María adquirió en los últimos años un acentuado perfil de patriarca bíblico, con larga descendencia, lucidez longeva, autoridad de clan y catolicismo plenario y sin fisuras. Yo escribí de él que en sus ojos azules, casi transparentes, se reflejaba la plácida superficie del lago interior de su espíritu, sin tormentas, ni galerna alguna.

Era un hombre de gran independencia que algunos le reprochaban y hasta temían. Estudiaba en profundidad las cuestiones y las rumiaba hasta la saciedad. Una vez formado el juicio seguía adelante sin importarle opiniones, críticas o respetos humanos. Recuerdo haber contemplado, en cierta ocasión, cómo hubo de dictar un laudo, por convenio entre las partes litigantes, en una grave y difícil disputa de indemnización por negligencia técnica, causante de importantes daños. Era un asunto que apasionaba a la opinión local de Bilbao. José María recabó un plazo para emitir su dictamen. Y lo hizo sin vacilación en términos rotundos y cuantitativos. Como alguien lo discutiera, por considerarlo arbitrario, mostó al discrepante un trabajo tan meticuloso y perfecto, contenido en cincuenta páginas manuscritas, repletas de cálculos, que causó el asombro del criticante que le dio toda clase de excusas al saber, además, que se había negado a cobrar un céntimo por el trabajo realizado. ¡Que así era de concienzudo en sus decisiones nuestro compañero!

José María era un español señero, de recio carácter y a la vez humana bondad, que hacía de la amistad un verdadero culto inasequible al olvido del paso de los años. La sintonía de los que disfrutamos del regalo de esa amistad se establecía al instante de renovar el contacto personal. La corriente mutua se encendía y se ponía en marcha, como el flujo de los electrones en un conducto de alta tensión. La Academia se honró con su activa presencia en nuestras reuniones y sesiones durante muchos años. En la noche de hoy nos honramos nosotros evocando en estas breves semblanzas el inolvidable perfil de nuestro querido compañero.

José María de Oriol y Urquijo,
Marqués de Casa Oriol
(Santurce, 1905-Madrid, 1985)

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. JUAN VELARDE FUERTES (*)

Entre los singulares favores que he recibido por ser miembro de esta Academia siempre he de subrayar el de haber conocido y tratado con algún detenimiento a nuestro compañero José María de Oriol y Urquijo. Tres recuerdos de su presencia he de anotar hoy.

La primera vez que se me convocó, aún académico electo, a esta Corporación, fue con motivo del último e inolvidable almuerzo que preparó el Conde de los Andes en este mismo salón. Me correspondió sentarme al lado del Marqués de Casa Oriol, y entre otras cosas me habló de una historia que nunca leí relatada de modo tan completo y tan jugoso. Quizá pudiera haberse titulado: *¿Y si los gudarís y los requetés se hubieran aliado, hubiera sido otro el signo de nuestra guerra civil?* Me refirió sus actividades como enlace de Mola, y el empeñamiento de una mayoría de la dirección del PNV en obtener garantías por escrito de este general en apoyo al Estatuto vasco, a lo que él oponía que éste no las había dado a la Comunión Tradicionalista porque era algo imposible para un militar que se subleva. Fruto de todas esas negociaciones fue la tardanza en adoptar una actitud clara en relación con el 18 de julio por parte del PNV y de su órgano periodístico *Euzkadi*. De pronto se detuvo y me dijo: «Yo combatí en ese frente y sé lo duros que fueron los gudarís. Me preguntaré siempre qué hubiera sucedido si la negociación hubiese salido bien; si ante el Gobierno del Frente Popular se hubiesen aliado los requetés y los gudarís; si Mola hubiese podido enviar a Somosierra, sin tener que atender más que livianamente a un Frente del Norte bastante más débil, a abundantes tropas hacia Madrid.

(*) Sesión del día 26 de noviembre de 1986.

¿Habría podido el Gobierno de la República sostenerse? Y si Madrid hubiera caído, ¿qué hubiese sucedido?»

Yo creo que entre el PNV y la Comunión Tradicionalista, tras la colaboración que habían tenido en el primer bienio republicano dentro de la llamada Minoría vasco-navarra, se alzaba la figura de Víctor Pradera, y sobre todo sus ideas contenidas en el libro *El Estado Nuevo*. No veo cómo encajar en esto, no ya al grupo *Jagi-jagi*, sino incluso a la línea general del PNV. De todos modos, ahora mismo Juan Pablo Fusi, en su libro *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad* (Alianza Editorial, 1984), ha de resaltar cuatro cosas: la frialdad del PNV en la revolución de 1934; el izquierdismo militante que se critica con virulencia en los editoriales de *Euzkadi* en enero y febrero de 1936; el que «frente a la rebelión militar», la reacción de la izquierda en favor del Gobierno de Madrid se secundó «con el PNV en un discreto y a veces ambiguo segundo plano»; finalmente, que cuando estalló la guerra civil, «no... faltaron voces importantes del nacionalismo que exigían la neutralidad en un conflicto que consideraban *español* no vasco». Como el Frente Popular sí ofreció garantías de apoyo al proceso estatutario, como recordó Manuel de Irujo, en lo que Indalecio Prieto tuvo un decisivo papel, con retraso manifiesto el PNV pasó a la beligerancia al lado del bando republicano.

Aquel día me di cuenta de hasta dónde quien actúa en política en momentos muy importantes de la vida de su pueblo llevará siempre consigo las preguntas, hondamente dramáticas y no sospechadas por casi nadie, de lo que hubiera podido haber sucedido.

El segundo recuerdo de algún modo se relaciona con esto. En esta Corporación, a lo largo de las casi doscientas sesiones a las que según nuestro Anuario he asistido, no recuerdo una reacción tan viva e hiriente por parte de ningún académico como la que voy a relatar. Como fuimos protagonistas el Marqués de Casa Oriol y yo, no puedo soslayarla. Hablaba yo de algo que es moneda corriente entre los economistas, a saber: que el PNV, como heredero, vía del foralismo, del carlismo, había adoptado en sus primeros tiempos una consecuente postura ruralista. Así pretendía defender lo que consideraba esencia inalienable del alma vasca, condensada en el lema de *Dios y leyes viejas*. Sabino Arana percibió con perspicacia que la industrialización por fuerza generaría demanda de mano de obra que no podría proceder del pueblo vasco. Vendría una considerable masa inmigrante proletaria, infectada por el descreimiento que se derivaba del laicismo que había significado la caída del Antiguo Régimen. Se vería esto agravado por el materialismo que se derivaba de las doctrinas de las dos ramas de la Internacional, tanto de la de Marx como de la de Bakunin. Así se podría herir de muerte al sano espíritu vasco. Pero personas relacionadas con las Ligas Guipuzcoana y Vizcaína de Productores, herederas del espíritu ilustrado que de la mano del Conde de Peñaflorida había florecido en la inmortal Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, trataban con afán que la inci-

piente industrialización que se había iniciado, sobre todo a partir del Abrazo de Vergara, no sólo no se agostase, sino que se viese impulsada. De ahí el papel histórico que pasaron a tener, a mi juicio, tres protagonistas. Uno, Ramón de la Sota, que convenció poco a poco, después por supuesto de la desaparición de Sabino Arana, de la necesidad de encuadrar a la burguesía industrial en la estructura dirigente del PNV, lo que significaba tanto como asumir la industrialización y sus costes. El padre Aritzmediardieta, el inspirador del movimiento cooperativista de Mondragón, me confesó que el ruralismo no había terminado aún de morir en el PNV cuando él imaginó, para que tuviese unas mayores dosis de modernidad y eficacia, al campo vasco unido en cooperativas. «Mire usted —me confesó—; las cosas no son nunca como uno las proyecta; ese cooperativismo fracasó en las zonas rurales y, en cambio, arraigó con fuerza en la zona industrial de Mondragón. Parece como si nuestra salida tuviese que ser la industria, y yo mismo acabé rindiéndome por el bien del pueblo vasco a la evidencia.» Muy relacionada con el PNV se había creado además la Solidaridad de Trabajadores Vascos, integrada casi exclusivamente por obreros étnicamente vascos y cerrada a los inmigrantes. Los protagonistas, que por eso ocupan el segundo puesto histórico, fueron los sacerdotes Policarpo de Larrañaga, Alberto de Onaindía y José Ariztimuño, que pusieron en marcha esta central sindical, con el designio de crear un clima de solidaridad entre empresarios y trabajadores. El tercer protagonista fue el jesuita P. Chalbaud, impulsor, a partir de la Fundación Aguirre, de la Universidad Comercial de Deusto. Cuando comenzaba yo a enunciar estas tesis, se oyó una indignada interrupción por parte de nuestro compañero. Había interpretado algunas de mis palabras como elogiosas para Ramón de la Sota y otras tesis nacionalistas vascas, y no estaba dispuesto a sufrirlas en silencio. También para él, en situaciones límite, la amabilidad no era el valor supremo. He de confesar que comparto este punto de vista, y por eso, al darme cuenta que yo era, con seguridad, el culpable del exabrupto por no haber dejado bien claras las cosas —pues nada más lejos de mi texto, como se puede ver en nuestros *Anales*, que la menor complacencia personal ante el nacionalismo vasco—, estuve muy lejos de sentirme ofendido. Al final de la sesión hablamos los dos y dejamos todo tan claro que allí se inició una muy firme amistad que nuestro compañero insistió en que quedase exteriorizada en el tuteo que, lo confieso, siempre me costó, por obvias razones, tener con él, aunque él lo exigió siempre.

El tercer recuerdo incide ya en una materia muy vinculada con la Sección de Ciencias Económicas de esta Corporación, a la que ambos pertenecíamos. En una ocasión, aquí mismo, se refirió nuestro compañero a que los Consejos de Administración de las Empresas podían dividirse en dos clases: los que dedicaban unos pocos minutos de sus reuniones a aprobar y tomar decisiones sobre los asuntos corrientes, y el resto del tiempo se orientaba a planear el futuro, y aquellos otros que sólo empleaban unos pocos minutos, si es que lo hacían, en procurar avizorar el futuro, mientras gastaban horas en menudos problemas de la empresa. En el primer

caso, añadía, la empresa casi siempre es sólida y va a jugar un buen papel; en el segundo, está ya tan esclerotizada que, sin necesidad de forzar la metáfora médica, la muerte por fuerza está en su derredor. ¿Qué le alarmaba al Marqués de Casa Oriol? Pues, sencillamente, observar que hace quince, veinte, treinta años, buena parte de los Consejos de Administración españoles estaban en el grupo que oteaba el futuro, y hoy la gran mayoría están sepultados por problemas del día, sin acertar a salir de esa ratonera esterilizante.

El, como es lógico, había apostado por las novedades. Por eso su papel fue básico en el momento en que España dio uno de los varios virajes económicos que explicaron el rapidísimo desarrollo material de la Era de Franco. Sólo quienes carecen de elementales conocimientos de historia y economía pueden creer que este progreso cayó del cielo como consecuencia de que en Europa existiese un alto bienestar.

Volviendo al hilo de lo que estoy señalando, he de recalcar que a partir de 1948 se decide impulsar el desarrollo a través de energía barata —nacional e importada— que sustituyese a la tradicional del carbón. El espíritu innovador del Marqués de Casa Oriol resultó esencial en dos importantes sentidos. Por lo que se refiere a la energía nacional actuó a través de tres canales. El primero, el de la empresa Hidroeléctrica Española de la que fue el alma, con sus audaces soluciones en cuanto a gigantescos pantanos, con lo que logró ventajas en costes y beneficios que hacen de esta empresa una de las escasas que pueden contemplar hoy sin agobios una realidad muy preocupante, quizás una de las más preocupantes de estos momentos. El segundo, la integración en un sólo mercado de la energía eléctrica nacional. El fue el fundador y primer Presidente de la entidad esencial en ese sentido que es la Unidad Eléctrica, S. A., UNESA. El tercero, el de comprender que al aproximarse a una asíntota la producción hidroeléctrica y ser nuestro carbón una solución costosa y al poder encrecerse tremendamente el petróleo, como podía ocurrir y como efectivamente sucedió, era preciso jugar a fondo la única solución posible, so pena de acceder a un futuro enfeudado en Francia en el menos grave de los casos: la solución nuclear, tanto en relación con la propia Hidroeléctrica Española como respecto a la entidad Centrales Nucleares, S. A., que funda y de la que pasa a ser Presidente.

En cuanto a la apuesta por el empleo de la energía barata importada, ahí ha quedado ya para siempre en la historia tecnológica de España su hueco en la O del Tren Articulado Ligerero Goicoechea-Oriol, o Talgo, que recorre con derivados del petróleo nuestros ferrocarriles. He revisado viejos ejemplares, al preparar estas notas, de la revista especializada *Ferrocarriles y Tranvías*. Allí quedan también para siempre los esfuerzos imaginativos, superadores de retos tecnológicos, incluso de atentados —pues también la historia de los primeros pasos del Talgo los registra—, de este empresario que Schumpeter hubiera sabido reconocer como uno de esos innovado-

res que son capaces, con su ímpetu, de cambiar, no sólo la marcha de sus empresas, sino la historia, sin abandonar para eso las filas del empresariado.

Hoy me he atrevido a proporcionar tres fognazos que, desde su diversidad, me sirvieron para atisbar toda la enorme hondura de la personalidad de nuestro compañero. A través de uno tropecé con el hacedor de la historia grande; a través de otro, con el patriota y luchador que no acepta jamás el doblegar la cerviz; con el último, me encontré con el empresario schumpeteriano por excelencia, que, para nuestra desgracia, tanto escasea entre nosotros.

En la comedia de Shakespeare *Duodécima noche* se dice: «Somos según aquello de lo que estamos hechos.» José María Oriol, nuestro querido compañero, estaba hecho de inteligencia, de reciedumbre, de honradez, de sentido de la responsabilidad, de patriotismo y de seria preocupación cristiana. Como escribió en el precioso artículo necrológico que publicó en *ABC* sobre él José María de Areilza, Oriol quiso «hasta el último minuto ser el que había sido». Es lógico que todo esto resplandezca en cada una de sus manifestaciones, como así sucede en las tres que he glosado en homenaje muy cordial al académico y al amigo muerto.

He dicho.